

## Prólogo:

Aislado en un valle montañoso, envuelto por niebla y bosques espesos, se alzaba Valliswood, un pueblo detenido en un tiempo que parecía ajeno al mundo. Apenas figuraba en los mapas, como si su existencia se disfumase entre las sombras del olvido.

Las calles empedradas serpenteaban entre casas coloniales tapadas por enredaderas que devoraban los muros. Las chimeneas exhalaban humo gris y el aire olía a tierra y madera envejecida. Los relojes del pueblo marcaban las horas con un eco lúgubre, como si el paso del tiempo obedeciera a una voluntad extraña.

En una finca apartada, cercada por robles centenarios y rosales silvestres, vivían Jonathan y Marie Christensen. Él, de mirada firme y presencia resuelta; ella, de piel pálida y semblante sereno. Habían llegado buscando reposo, pero la quietud del lugar escondía algo que perturbaba su sosiego. Desde la primera noche, Marie se sintió vigilada. Entre los pasillos, el murmullo del viento se mezclaba con sus pensamientos. Jonathan atribuyó sus temores a la soledad, sin advertir que las sombras de Valliswood albergaban intenciones más hondas.

La casa ofrecía abrigo y se extendía frente a un paisaje de colinas verdes y lagos inmóviles, aunque un aire denso se filtraba entre los muros, sofocando toda ilusión de paz. Jonathan se aferró a la rutina: cuidaba la finca, reparaba herramientas, cazaba para distraer el alma. Sin embargo, la serenidad se quebró una tarde.

Tras horas de acecho, divisó un venado que cruzaba la maleza. Disparó sin vacilar. El cuerpo cayó sobre las hojas húmedas, mas al aproximarse, el aliento se le heló. El cadáver del animal se transformó ante sus ojos en un hombre joven de piel morena y cabello oscuro. El rostro, inmóvil, conservaba una expresión de dolor. Los sirvientes lo reconocieron como Nikolai, un gitano que vendía amuletos en los caminos del valle. Temerosos de atraer desgracias, lo sepultaron bajo un olmo viejo y rogaron a Jonathan guardar silencio. Esa noche el hombre no durmió; el peso del remordimiento lo aplastaba como una loza invisible.

Los días siguientes se tornaron interminables. Jonathan soñaba con el rostro del gitano, cuyos labios se movían entre susurros que parecían venir del viento. Una sola palabra repetía, una y otra vez: Nikolai. La voz retumbaba en su mente hasta que el eco parecía responder desde las paredes. La finca, antes refugio de sosiego, se volvió un lugar de presencias y murmullos. Los árboles inclinaban sus ramas hacia las ventanas como si observaran.

En un extremo del valle, Ivanna, madre de Nikolai, lloraba la pérdida de su hijo. Gitana de cabello gris y ojos centelleantes, conocida por sus dones en lo oculto, mezcló plegarias y

maldiciones en un solo canto. Juró que la sangre sería pagada con sangre. Y su pena se convirtió en propósito; su voz en conjuro.

Una noche sin luna, el cielo se tornó denso y el viento rugió desde el norte como una tropa invisible. Bajo los relámpagos, Ivanna caminó hacia la finca. Un manto negro ondeaba en torno a su cuerpo y sus ojos ardían con furia. Pronunció un juramento ante las sombras, exigiendo que escucharan. El eco de su voz se elevó sobre los campos y la maldición fue sellada: del vientre de Marie nacería el representante del abismo, el que traería fuego y sangre, el heraldo de un fin inevitable.

El tiempo cumplió su parte. Cuando el parto se acercó, un eclipse total de luna cubrió el cielo. Los aldeanos lo contemplaron con temor, convencidos de que el astro devorado era señal de desgracia. En la finca, Marie cayó enferma, presa de fiebre y espasmos. Las nubes formaron un manto inmóvil y las ventanas crujieron bajo la presión del viento. Entre gritos de dolor, dio a luz a dos niños idénticos.

Apenas sus llantos llenaron la habitación, la respiración de Marie se detuvo. Jonathan sostuvo su mano fría, incapaz de llorar. La partera rezó en voz baja, temblando, sin atreverse a decir cuál de los pequeños llevaba el sello de la oscuridad. La finca entera pareció contener el aliento. Los caballos relincharon, las lámparas titilaron y el suelo exhaló un olor a azufre.

La desgracia no tardó en llegar: las cosechas ardieron sin causa aparente, los animales enfermaron y los aldeanos, víctimas del miedo, comenzaron a evitar a la familia Christensen.

Jonathan se refugió en la fe y se convenció de que la maldición era real y que en el nacimiento de los gemelos se había cumplido la profecía de la gitana. Su temor se volvió obsesión. Cabalgó entonces hasta la abadía de la Orden Custodes Umbrae, cuyas torres ennegrecidas se erguían sobre los riscos como centinelas del mundo antiguo. Allí lo recibió el sacerdote Mathias, un hombre de mirada grave y voz cansada. Tras escuchar su relato, el religioso desenrolló viejos pergaminos marcados con símbolos arcanos. Le explicó que los gemelos representaban un equilibrio que no debía romperse, pero tampoco unirse, pues en su vínculo reposaba el germen del fin. Separarlos era la única forma de preservar la armonía y contener el mal que amenazaba al mundo.

La sola idea de alejar a uno de sus hijos desgarraba a Jonathan, aunque comprendía que no existía otra salida. Esa noche, arrodillado junto a las cunas, acarició los rostros dormidos y sintió que su corazón se partía en dos.

Al amanecer, entregó a uno de los niños al padre Mathias, quien lo envolvió en una manta oscura y partió rumbo a Graymoor, una urbe bulliciosa y oscura, esperando que la distancia y el anonimato disiparan el influjo de la maldición. El otro niño quedó bajo el cuidado de su padre, quien juró protegerlo, aunque eso significara sacrificar su propia vida. Desde la

colina, vio cómo el carruaje del sacerdote se alejaba entre la niebla, dejando un rastro de huellas sobre el barro.

Jonathan contempló su finca. Las ventanas parecían observarlo desde lejos, como ojos que guardaban secretos. La tumba de Marie reposaba entre rosales marchitos y un cuervo graznó desde el olmo donde descansaba Nikolai. El hombre permaneció quieto, consciente de que la maldición ya lo acompañaba. Sabía que, aunque escapara, el destino iría tras él, oculto entre la niebla.

En algún rincón del mundo, dos vidas idénticas comenzaron su marcha: una marcada por la luz, otra por la oscuridad. Y el eco de su origen seguiría resonando, perpetuo, en las entrañas de Valliswood.

## Capítulo 1: El sueño del fin

El aire le quemaba los pulmones. Michael despertó de golpe, su pecho se agitaba frenético y un grito quedaba atrapado en su garganta. A su alrededor, el mundo era una versión distorsionada de lo conocido. Un cielo carmesí con estrellas que temblaban como si acabasen de despertar. Júpiter irradiaba un resplandor extraordinario, iluminando el entorno con una fuerza irreal. Frente a él, yacía Springbrook en ruinas, una sombra de lo que solía ser. Toda el agua del mar en la bahía, drenada por completo. A lo lejos retumbaba espantoso un zafarrancho de trompetas, llevando todo al borde del derrumbe.

Lleno de horror, Michael escudriñó el entorno y sintió el corazón desplomarse al reconocer los cuerpos sin vida de su padre y de sus amigos entre la ceniza. Al primero que vio fue a Gabriel, tendido sobre los escombros, la mano extendida hacia el cielo como si aún intentara protegerlo. Michael cayó de rodillas, temblando, sin poder pronunciar palabra. A pocos metros distinguió a Vicky, su amiga y amor jamás confesado. Su cabello rubio, cubierto de polvo, se movía bajo el viento caliente. Se inclinó, rozó su mejilla fría y contuvo el sollozo. A su lado, yacían Claire y Teddy, abrazados incluso en la muerte con los ojos entreabiertos, fijos en el vacío. Cerca de ellos, Brandon, su mejor amigo, reposaba junto a Rachel. En sus rostros quedaba la expresión de quien había luchado hasta el final. Michael entonces cerró los ojos, intentando recordar su risa, un eco que jamás volvería a oír. Más lejos, entre el polvo y los restos del fuego, yacía el profesor Harker. Aun en la muerte conservaba una dignidad serena, como si hubiera enfrentado el desastre con valor hasta el último aliento.

Una sombra colosal y silenciosa se alzó sobre él, avanzando implacable y devorando todo a su paso. Levantó la mirada y, en el cielo oscuro, una estrella cegadora estalló. Incapaz de contenerse, dejó escapar un grito desgarrador:

—¿Eres la bestia? ¿El Salvador? ¡Por favor, ayúdanos!

La gigantesca negrura se aproximaba como un espectro de destrucción imparable. Michael se preparó para enfrentar su inminente final, aunque un grito de angustia escapó de sus labios antes de que aquello ocurriera. En ese instante, el mundo apocalíptico se desvaneció en un destello y dio paso a un entorno familiar.



El resonar del timbre lo arrancó de su pesadilla. Michael despertó en su sala de clases, empapado en sudor y con el corazón latiendo desbocado. Frente a él, la profesora lo observaba con fastidio y desdén.

—¿Otra vez dormido, señor Saint? —su voz cortó el silencio del aula.

Las risas contenidas de sus compañeros le erizaron la piel.

—Lo... lo siento, profesora —balbuceó, intentando incorporarse.

Aún tembloroso, trató de recuperar la compostura, aunque los fragmentos de su pesadilla seguían adheridos a su mente, como sombras que se negaban a desaparecer.

## Capítulo 2: Muéstrame el significado de estar solo

Michael se acercó a los bebederos en el patio del Fenice High School, buscando refrescar su rostro con agua fría. Las gotas de sudor aún corrían por su frente y cuello, y su corazón latía con intensidad. Juntó un poco de agua en las palmas unidas en un cuenco y bebió un sorbo, luego volvió a juntar agua para enfriar su rostro y su cuello. Se sentó en una de las bancas y miró el cielo azul, salpicado de nubes blancas, mientras lanzaba un suspiro de cansancio.